



*ESPECTROS Y CONJURAS. ASEDIOS A LA CUESTIÓN COLONIAL*

Carlos A. Jáuregui (Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2020)

El autor ofrece en este libro un conjunto de ensayos de crítica cultural cuyo objetivo, siguiendo los pasos de los estudios decoloniales de José Rabasa, es «desleer» y «despensar» el «legado colonial que determina nuestro discurso» (p. 26), algo que se propone mediante un escéptico acercamiento a una serie de textos coloniales a los que a veces se les ha concedido una intención indigenista o, al menos, pacifista o reconciliadora. Jáuregui trata de demostrar cómo, contrariamente, estos tejen un discurso que encubre la violencia material y simbólica de la colonización de América, y anima a sabotearlo mediante la invocación de los *espectros* de los vencidos que perviven, no borrados del todo, en ese mismo discurso.

Como se puede ver, existe una gran deuda teórica con Jacques Derrida y su «hauntología» de los espectros, ya que, como indica Jáuregui, «[e]n la escritura colonial nos esperan cenizas y ruinas *no ontologizables* de lo borrado por la modernidad» (p. 39, énfasis mío). La única salida que se vislumbra, por tanto, será la de *conjurar* esos espectros, es decir, ante la imposibilidad epistemológica de traer de vuelta el testimonio de los vencidos —límite crítico aducido desde la filosofía de la historia de Paul Ricœur—, buscar en el propio discurso colonial las «huellas espectrales» de aquella violencia que intentaba acallar. Este acto de conjuración crítica se pone en relación con una idea fundamental del libro: la de «imagen dialéctica» de Walter Benjamin, esto es, una imagen del pasado cuya descontextualización mediante el ejercicio histórico resulta inquietante y extraña al presente. En este sentido, el libro se puede entender como un deliberado ejercicio de *extrañamiento* de la modernidad y su historiografía oficial. Tampoco faltan referencias a Gilles Deleuze y Félix Guattari mediante otra imagen recurrente desde el inicio: el discurso colonial como una estructura inevitablemente imperfecta, entre cuyas grietas emerge, rizomáticamente, como las hormigas y las malas hierbas, la voz de los vencidos. Cabe destacarse, además, cómo están funcionando en todo momento algunas ideas de Foucault en lo que al *discurso* como estructura de poder se refiere, desde la base del mismo planteamiento inicial, si bien quizá se trate del autor menos citado entre las principales fuentes filosóficas.

El primer capítulo está dedicado al «espectro» de Gonzalo Guerrero y su contrafigura: el compañero de cautiverio Jerónimo de Aguilar, que sí volvió a las filas españolas y fue traductor de Cortés. El autor indaga en los usos coloniales de estas figuras y señala cómo el mito de Guerrero presenta un doble filo: pues el traidor funcionaba en el discurso imperial como advertencia ante las posibles disidencias y, a la vez, amenazaba a la propia modernidad desde la evidencia de la posibilidad de dicha disidencia. En el caso de Aguilar, seguimos un desplazamiento hacia su recepción decimonónica y casi hagiográfica en el contexto de la «Guerra de Castas» y el nacionalismo yucateco, a través de la obra histórica y novelística de Eligio Ancona, ligando atinadamente una tradición textual que comienza en las crónicas de Indias, como la de Bernal Díaz del Castillo.

El segundo capítulo aborda, en los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, el episodio de «Mala Cosa», personaje mágico y malvado que asustaría y torturaría a los avavares. Frente a las lecturas que lo presentan como un episodio fantástico o etnográfico, que anotarían creencias y mitos de los nativos, el autor propone la lectura de Mala Cosa como una deformación espectral del mismo conquistador, resaltando los puntos de conexión con Cabeza de Vaca que difuminan la distinción entre «otredad» y «mismidad».

En los capítulos tres y cuatro, en cambio, se pone a dialogar la discusión teológico-jurídica sobre la conquista y colonización con sendas piezas teatrales: la «[Es]Cena XIX» de las *Cortes de la muerte* (1557) de Michael de Carvajal y las loas de Sor Juana que anteceden a *El divino Narciso* (1690) y *El cetro de José* (1692). En primer lugar, la obra de Carvajal dramatiza, en un caso de «ventriloquía», la queja de un grupo de indígenas ante la Muerte sobre su maltrato por parte de los españoles; la resignación propuesta en la pieza —la justicia vendrá en la «otra vida»— resulta, al lado de la postura lascasiana, en lo que Jáuregui acuña como «inmunización humanitaria» o lavado de conciencia de la modernidad. En segundo lugar, el autor desata los lazos entre el criollismo barroco en general, y particularmente en Sor Juana, y la interpretación que adelanta en él un indigenismo, sobre la base de una supuesta resignificación del canibalismo estereotípico como una suerte de «preparación» para la eucaristía.

Por último, los dos capítulos finales vuelven a versar sobre el largo recorrido de la antropofagia en América, asunto ya estudiado y ampliamente conocido por el autor (*Canibalia*, 2008). El capítulo quinto aborda el personaje del «Negro Comegente» en la República Dominicana: la contradictoria historia de un supuesto criminal haitiano que devuelve otra historia de racismo con ecos nacionalistas actuales. En el último capítulo

Jáuregui reivindica la figura de Oswaldo Costa, autor que parece olvidado entre el grupo vanguardista brasileño Antropofagia. Contra el asentado interés académico por otros miembros como Oswald de Andrade, con quien Costa compartía el «conflicto irresuelto que significaba, a comienzos del siglo XX, ser hijos de una modernidad colonial», este, en cambio, «aventuraba, como ningún antropófago, un pensamiento descolonizador que se atrevía a desafiar el monólogo eurocéntrico y las fórmulas coloniales e *idiotas* de la civilización y el progreso» (p. 313).

Entre las virtudes del texto, debemos destacar también la nítida honestidad con que el autor presenta su posición política y ética. Frente a toda «empatía con la tradición que justifica el presente», Jáuregui escribe desde «un resentimiento confeso contra los naranjos y las rosas que emocionan a Manuel Alvar y Carlos Fuentes», quienes han representado en las primeras páginas un hispanismo lingüístico identificado con el «discurso colonial». Más tarde, el autor vuelve a dejar claro que huye de relativismos al defender el «giro ético de la deconstrucción» frente al «gesto deconstructivo posmoderno» (p. 38) que diluye la posibilidad de la toma de partido.

Esta misma honestidad la podemos observar en la autoconciencia del lenguaje intrincado y «poético» que Terry Eagleton acusa en Derrida y sus seguidores (p. 35), que ciertamente se decanta aquí en formas retóricas más claras —predisposición didáctica que es justo reconocer—, aunque sin esconder una vocación literaria o, al menos, creativa, en sintonía con la libertad del crítico que defendía Benjamin. Esta creatividad la podemos encontrar cuando el probable error tipográfico en las *Cortes de la muerte* que lee, primero, «medicina» y, luego, «midecina», le sirve al autor para adivinar «dos significantes antitéticos» que dan pie a una síntesis correlativa de los respectivos planteamientos de Las Casas y Carvajal que venían describiéndose en páginas previas (p. 169).

Por otro lado, pese al rigor manejado por el autor en todo momento, el lector no debe esperar de este texto —y nunca fue su intención— «relecturas» de la «cuestión colonial» mediante la aportación de novedosos datos o fuentes históricas, sino más bien «deslecturas» del «discurso colonial» que esbozan, eso sí, un camino coherente de «interpretaciones otras». Así, cuando llegamos al final del capítulo dedicado a Mala Cosa, tras la hipótesis interpretativa planteada, Jáuregui advierte: «No quiero decir que leyendo así el episodio podamos asegurar el sentido final del texto», pues no se contempla una labor exegética que restituya en grado sustancial un sentido último o total; su propuesta, en cambio, se funda en una vocación deconstructiva que se pone como única meta

«fracturar las lecturas etnográficas de la *Relación* y leerla desde otro lugar dentro del texto» (p. 120).

En conclusión, el resultado es un volumen orgánico y bien trabado, donde la selección de textos sometidos a crítica deviene en una pertinente integración de momentos profundamente elocuentes de la evolución del colonialismo en América y sus diferentes etapas históricas: desde la conquista narrada en las crónicas de Indias hasta la *mentalidade reinol* que denunciaba Oswaldo Costa, puesta en relación con el *colonialismo supérstite* de Mariátegui. La estructura, por lo tanto, refleja una progresión cronológica —desde el siglo XVI al XX— en la que se abordan con gran solvencia múltiples registros —textos literarios, historiográficos e, incluso, jurídicos—, presentando en su recorrido las diferentes modulaciones de la «cuestión colonial» a lo largo de buena parte del continente y sus diversas poblaciones. Insertado en una tradición deconstructivista y decolonial muy reconocible, *Espectros y conjuras* deja sobre la mesa un conjunto de «deslecturas» cuyo destino es desbaratar todo presente conformista con su herencia colonial.



MANUEL CONTRERAS JIMÉNEZ